

# El dilema de Genoveva Montanaro

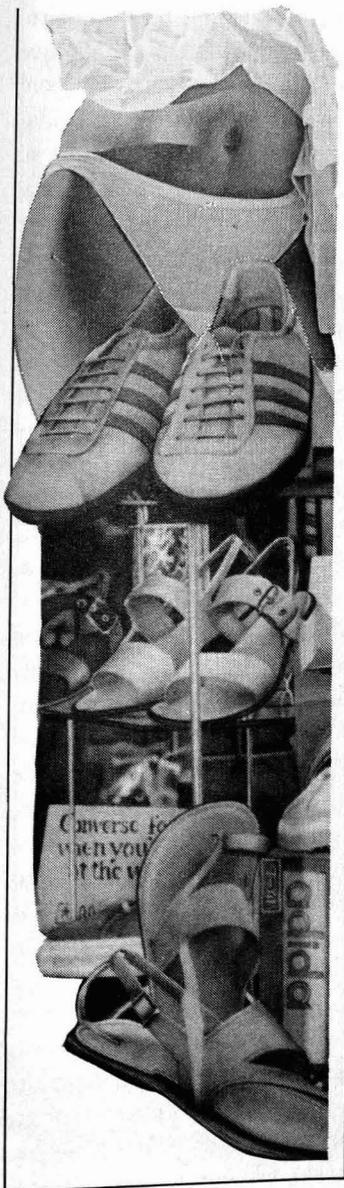
“Tú eres toda una mujer”, le dicen a Genoveva sus amigas en el café o en el restaurant, “no tienes por qué vivir con un hombre así. Rehaz tu vida, cástate con alguien de tu misma educación”. A Genoveva le chocaba correr porque de algún modo las ideas se le iban agolpando en la cabeza como en un insomnio, de manera absurda, sin que las buscara y se volvían repetitivas, obsesivas, desagradables, como un mal pensamiento que uno quiere evitar y que vuelve una y otra vez en contra de la voluntad, del libre albedrío, de la paz interior. Eso a pesar de que le había dado por correr con un *walkman* escuchando música clásica. Ahora lleva la séptima de Beethoven y aguarda con gusto a que llegue el segundo movimiento que es el que más disfruta, el más poético y delicado. La banda elástica que usa en la cabeza debería impedir que el sudor le cayera en los ojos pero no, de vez en cuando alguna gota logra colarse, resbalar por su frente y caerle dentro del ojo, lo cual no impide que ella siga corriendo a pesar del ardor, sin perder el ritmo ni la respiración, aunque se frote el párpado o se seque con la manga de la sudadera y siga su marcha para completar los tres kilómetros que se había impuesto diariamente si es que acaso deseaba conservar esa figura que desde siempre le habían alabado y que no deseaba perder a pesar de que ya haya entrado a los treinta y corra el peligro de convertirse en una jamona, expresión que tanto odió desde que era jovencilla cuando se lo aplicaban a las señoras mayores y que tan bien describe a las mujeres que se dejan engordar y les salen los jamones, las papadillas, las llantitas, los dobleces y la celulitis y que hace que se pongan bofas y se pasen de buenas pero no, ella no se lo va a permitir así le cueste la vida, no quiere llegar a ser nunca eso, una vieja jamona y por lo mismo a pesar de todo sigue levantándose todas las mañanas a correr, tempranito, antes de las siete, como antes, cuando Ramiro se metía al baño a afeitarse y a bañarse, previo a que pasara revista a su guardarropa cuidándose de no repetir el mismo traje durante la semana y luego eligiera la camisa adecuada e inmediatamente después sacara la corbata precisa y los zapatos justos, todo en perfecta combinación para bajar lucidor, elegante, con prestancia a desayunar y luego salir hacia la oficina en su flamante coche y mientras ella corría sabía que no había problema porque para esa hora Antonio, el mozo, ya estaría levantado, en la cocina, exprimiendo las naranjas para llevarle el jugo fresco a su marido porque a Ramiro no le gustaba el jugo más que recién hecho y tomárselo después de bañarse pues alguna vez que ella quiso hacerle una pequeña trampa porque se le había olvidado comprar las naranjas y salió al puesto de la esquina pero él lo notó de inmediato porque lo había dejado reposar cerca de media hora mientras él se acababa de arreglar y Ramiro probó el jugo y comentó que tenía un sabor rancio, que se le había quitado lo dulce, que sabía a rayos y por eso ella se había dejado de preocupar, porque Antonio les había salido lo que se dice una maravilla, pues además de que sabía cocinar, era buen repostero y sabía coser y era muy cariñoso con los niños, sobre todo con Ramirito que era el más chico, aunque también jugaba con Juli. Por momentos, mientras ella plancha la ropa en la sala del pequeño departamento donde vive con Enrique, sus hijos ya dormidos en la otra recámara, siente el deseo de huir y escapar. Se pregunta qué hace allí, ella, Genoveva Montanaro, metida con ese hombre que se la pasa eructando mientras lee el periódico en calzoncillos, que tiene una escupidera en la sala de la casa, que come como una bestia.

Así que desde hacia más de un año salía de su casa hasta el parque de las arboledas, a unas cuantas cuadras, donde podía respirar un poco más de aire puro, en el camino iba hacien-

do un poco de calistenia de modo que cuando llegaba ya se sentía lista para empezar a correr junto con toda esa gente que tenía esa misma inquietud, aunque no, pensándolo bien tal vez no todos iban con el anhelo de mantener bien su cuerpo, muchos de los que corren tienen figuras feas, apenas levantan las piernas, como si nunca en su vida hubieran hecho ejercicio, como si nunca les hubieran comentado que para correr hay que levantar un poco las rodillas y que las zancadas grandes son más eficientes y saludables que esos pasitos con los pies abiertos que hacen que las corredoras, o a veces también ellos, se vean ridículos con esos pants que parecen pijamas y que cuando no tienen un buen cuerpo hace que se vean tan mal con las piernas demasiado flacas o con las nalgas aplastadas, o las bolas saliéndoles por todo el cuerpo y hasta los granitos se ven, pero quién sabe a lo mejor a ella también la critican así, ya se sabe que entre mujeres siempre se están buscando defectos, que si no tiene busto, que si tiene las nalgas pateadas, que si tiene el culo demasiado gordo o cintura de *boiler* pero al menos a ella le parece que no ha perdido su figura de cuando era más joven, el otro día se probó un vestido que se compró cuando recién casada, durante su viaje al sureste y le quedó igualito, claro, ya estaba muy fuera de moda y por eso no se lo puso pero en cuanto a peso no había aumentado ni un gramo y en cuanto a medidas bueno, parece que se había embarneado un poco pero no como para que no le dejara de quedar su antigua ropa. Pero esas mismas viejas gordas que apenas y saben correr y que son tal vez las que más abundan en el parque van una o dos semanas y rápido se cansan de ver que no mejoran y se sientan a ver telenovelas y a comer chocolates resignadas a seguir siendo unas gordas felices que ya no tienen que levantarse a las siete a correr y que pueden quedarse en la cama leyendo el periódico y desayunando hot cakes o chilaquiles o lo que se les venga en gana, la verdad es que son muy pocas, contadas, las que tienen la fuerza de voluntad y cumplen con lo que se proponen y ya hasta se conocen y a veces platican un poco cuando van corriendo, un poco porque ya todo el mundo sabe que no es conveniente respirar por la boca cuando uno está haciendo ejercicio y aun así uno ve a los que son constantes, jóvenes en su mayoría, que dan dos, tres y hasta diez vueltas al parque y eso es un poco extraño porque cuando uno ve a una jovencita de buena figura se pregunta, ¿qué hace para tener ese cuerpo? Y la verdad es que mientras uno es joven el cuerpo es noble y las que tienen buena figura son así sin más, porque es su complexión, porque están en su mejor momento. Son las que no tienen cintura las que más deben cuidarse porque sin buena cintura no hay trasero que luzca.

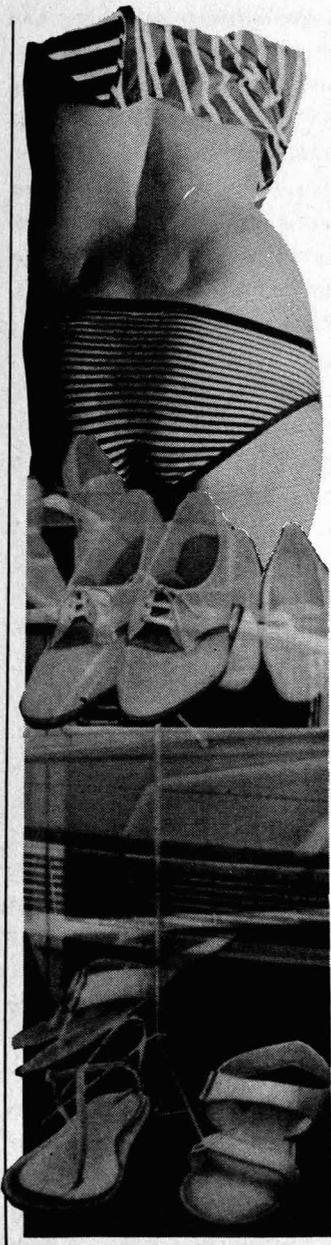
Y Ramiro ya ha de estarse bañando, solía pensar mientras corría, después de haberse tomado su reglamentario jugo y cuando llegue ya me estará esperando para desayunar y yo vendré toda sudada, rendida pero satisfecha y no tomaría nada ni siquiera el vaso de jugo que Antonio le tenía preparado porque ella sabía que no es recomendable beber inmediatamente después de hacer ejercicio ni tampoco bañarse porque el cuerpo sigue acalorado y sudando y con el agua caliente el cuerpo no logra alcanzar su temperatura normal y a pesar del baño una sigue sudando, lo cual es muy desagradable así que lo que hacía era sentarse a la mesa con él y acompañarlo y entonces él le preguntaba ¿cómo te fue? y ella respondía que bien, qué más, ni modo que le comentara que había un tipo de esos que sí saben correr que se le había quedado viendo durante semanas sin hablarle y que luego, a medida que se veían con más frecuencia, la saludaba primero nada más con una inclinación de cabeza y luego con el buenos días y algún comentario al pasar como ya nada más le faltan dos vueltas. Pero aunque el tipo era de buen ver a ella no le interesaba. Más le gustaba sentir que ella todavía podía resultarle atractiva a un hombre joven, eso lo notaba y le daba gusto aunque nunca le hubiera cruzado por la mente que podría darse algo más que un simple saludo. Y ahora ella sabe que, efectivamente, Enrique es un hombre con poca educación: brusco, malhablado, pendenciero, celoso. Si algún tipo osa mirarla cuando van caminando juntos él lo reta de inmediato “¿qué no te gusto yo?” y afortunadamente la mayor parte de las veces no responden a su provocación.

Pero la presencia de aquel hombre se fue haciendo agradable. Ella salía a correr con más ánimos, con un nuevo aliciente. Ya llegó “el cuate”, se decía a sí misma. Ella que siempre había cuidado su imagen: de su casa salía con la boca pintada, el cabello recogido. No que alguna vez hubiera salido desarreglada, eso nunca. De hecho aunque estuviera sola siempre que se levantaba se peinaba y se pintaba la boca, aunque no fuera a ver a nadie en todo el día, por disciplina, para no afodongarse. Por eso cuando Ramiro le preguntaba cómo le había ido ella respondía que bien, fijate que hay un señor en el parque que se me acercó y entonces él la interrumpía y le decía ¿no me traes un poco de agua? y ella iba hasta el refrigerador, le daba



el agua y se sentaba junto a él a acompañarlo a desayunar sin que ella probara un bocado ni dijera una palabra más. Y él muchas veces ni la volteaba a ver, concentrado en su periódico, bebiendo café, y ella recordaba que durante muchas noches, sin saber a ciencia cierta por qué, se despertaba de repente y se quedaba viendo a Ramiro dormir y de pronto pensaba que ella era una extraña en la cama de aquel hombre que se decía su marido, con el que había compartido tantas cosas, el nacimiento de dos hijos para empezar, el viaje de luna de miel en coche, al que le había regalado su virginidad porque la virginidad no se pierde sino se gana Genoveva, como le había dicho alguna profesora de la facultad. Y con él había ido perdiendo no sólo la virginidad sino el contacto cotidiano, de manera que a veces, cuando lo veía en una fiesta y lo observaba desde lejos se hacía la misma pregunta que cuando se despertaba a media noche pero entonces no decía quién es ese extraño sino qué hago yo, Genoveva Montanaro, una completa extraña, viviendo con ese hombre y lo oía contar los chistes que tan bien le salían y que todo mundo le festejaba, ella incluida, sobre todo cuando Ramiro se había tomado unos copetines y ahí les va el del tipo que entra a un consultorio y el doctor le pide que se baje los pantalones y el de las monjitas que se encuentran al señor cura durmiendo desnudo, y el de los dos maricones que se encuentran en el vapor y el del camello descompuesto y ahora cuenta el de Lord Worthington, le pedía alguien, bueno pues ahí tienen que en una cena muy aristocrática en la ciudad de Londres... Y ella lo observaba como si se hubiera desdoblado en otra persona y lo veía actuar desde lejos, haciendo reír a los demás. Y eso le ocurría cada vez más a menudo, como cuando llegaba a acompañarlo a desayunar y sentía que ella casi no existía para él. Y entonces ella se retraía y encontraba un poco de alivio al pensar que venía de correr y que el hombre aquel, que ya había averiguado que se llamaba Enrique, la buscaba cada vez con más interés. O al pensar que el otro día que fue al oculista, con un amigo de Ramiro, porque le dolía un poco la cabeza y el párpado le vibraba y Ramiro mismo le recomendó que fuera al doctor porque podía tratarse de vista cansada. Durante la primera consulta ella notó algo raro: mientras se le acercaba exageradamente para verle el fondo de los ojos el oculista empezó a respirar agitadamente; durante la segunda sesión, mientras le explicaba que su vista estaba bien que seguramente tenía sólo un poco de *stress* el doctor le tomó una de las manos y ella sabía que eso no era natural y sin embargo lo dejó hacer por un rato, un poco entre divertida y asustada, y no le contó nada a Ramiro, no le dijo que su propio amigo el oculista, al que tanta confianza le tenía como médico, la había cogido de las manos y hubiera buscado más, mucho más, si ella se lo hubiera permitido. Sólo cuando él la quiso acompañar al coche ella le dijo que no de manera tan rotunda que él se quedó desconcertado y ella nada más lo vio con desprecio y salió del consultorio para no volver nunca más. Y así también Enrique ya la había esperado dos veces en el parque y le había preguntado que si tenía inconveniente en que corrieran juntos para acompañarse, sin hablar, por supuesto, nada más para dar las diez vueltas que acostumbraban. Y ella no vio nada de malo así que dijo que sí y cuando acabaron de correr se sentaron un rato en el pasto y conversaron un poco de sus vidas y él le dijo que trabajaba en las oficinas del aeropuerto y mientras él hablaba ella lo observaba: era un hombre grueso, de espaldas anchas, de brazos y piernas fuertes aunque con un poco de pancita, una de las razones por la que se había decidido a correr según le había confiado dándose de palmaditas en el estómago. La panza y la pésima condición física. Antes jugaba fut y basquet pero el otro día que me invitaron a un partido no aguanté ni medio tiempo así que terminé de portero, le dijo. Y fue entonces que me decidí a hacer un poco de ejercicio, a correr aprovechando el parque. Vivía en uno de los edificios cercanos. No, él no era casado. Divorciado. Por su manera de expresarse y por lo que le contaba de su trabajo ella notó que Enrique era un hombre violento, brusco, un poco como un animalón. Y cuando él le había preguntado a su vez si ella era casada había respondido ¡claro y con dos hijos! Lástima que no traiga las fotografías pero cuando salgo a correr no cargo más que con mis llaves pero tienen ocho y diez años. Con esa figura jamás me lo imaginé, le dijo él. Y ella se quedó contenta consigo misma, pero guardó silencio y no hizo ningún comentario.

Muchas veces, mientras corre, piensa que nunca se hubiera imaginado que ella terminaría planchándole las camisas a ese hombre que, cuando empezó a relacionarse con él, le pareció agresivo por su aspecto un poco como de oso, con un tupido bigote negro en el labio superior. Un macho, ni más ni menos. Nunca se imaginó que de un día para otro se iba a convertir en su amante, ella que tenía ya más de diez años de casada y que nunca en su vida se le había ocurrido ni remotamente ponerle los cuernos a Ramiro, su marido, ella que se había mostra-



do tan orgullosa de su familia y de sus hijos, esos hijos que ahora llamaban papá a Enrique, a insistencia de ella aunque sus hijos no dejen de preguntarle por su papá, pero no papá Enrique sino nuestro verdadero papá. A partir de ahora ustedes no tienen más papá que papá Enrique.

Había salido a correr como de costumbre. El camión de la escuela ya había pasado por los niños, dejó a Ramiro bañándose, a Antonio preparando el desayuno. Ella iba haciendo sus ejercicios de calistenia, levantando los brazos y las piernas, empezó a dar pequeños saltos. No había avanzado ni una cuadra cuando en uno de los pequeños brincos el tobillo de la pierna derecha flaqueó al recibir su peso, se le dobló y ella cayó al suelo. Al levantarse quiso apoyar el pie pero ya no pudo. En cuestión de segundos el tobillo se le empezó a inflamar y a duras penas pudo volver a casa caminando. Apoyando lo menos posible el pie lastimado entró, subió la escalera cogida del barandal y abrió la puerta de su recámara. Lo que vio no tuvo sentido en el primer momento. Fueron una serie de figuras inconexas. No fue sino después de unos segundos que se le reveló lo que tenía ante los ojos: Antonio, el mozo de rodillas en su cama mostrando el trasero. Un abuso de confianza, fue lo primero que le pasó por la mente. El mozo en su cama: ¿orinando? ¿masturbándose? Instintivamente desvió la mirada hacia el espejo y vio una segunda figura: los pliegues de la planta blanca de un pie rosado, unas nalgas muy blancas en alto, las piernas con poco vello, balanceándose, una espalda estrecha, el cabello corto, rizado, húmedo, la cabeza sobre la almohada, de lado, sin rostro. En la confusión de los cuerpos trenzados tardó en darse cuenta de lo que veía: todo ocurrió en un instante. No fue sino un poco después que se dio por enterada. Y luego recordó que había algunos antecedentes: la vez que llegó del viaje que hizo a Guadalajara con su suegra y sus hijos y encontró la puerta cerrada y Ramiro se asomó por la ventana. Estaba ocupado en un momento te bajo a abrir y luego resultó que estaba con un empleado de la oficina. Y se acordaba cómo se ponía con unos cuantos copetines y ella que pensaba que se trataba sólo de un chiste. Por eso ahora ya casi no le gustaba correr: porque a veces, sin proponérselo, la escena volvía a su mente una y otra vez al grado de que con frecuencia se le iba el segundo movimiento de la séptima que había estado saboreando y esperando y que, cuando se daba cuenta ya había pasado sin que ella ni siquiera lo notara. Y es que algunos recuerdos se le habían convertido en una pesadilla.

Qué vergüenza, el otro día en un centro comercial Enrique dejó a un viejo sangrando por la nariz de una bofetada por la simple razón de que dijo algo agresivo y el viejo lo miró disgustado. Sin más Enrique se le fue encima y le tiró una cachetada diciéndole, “¿qué no te pareció?” Y ella se tuvo que llevar a Enrique a empellones mientras el pobre hombre, confundido y amedrentado, no dejaba de sangrar con las gafas rotas sobre la nariz sin dejar de repetir está loco ese tipo mientras la gente los miraba indignada pero sin meterse en lo más mínimo con él mientras ella lo conducía hacia el estacionamiento y Enrique repetía “¿qué tanto te veía ese tipo?” Porque por alguna razón extraña Enrique había entrado en una etapa de celos regresivos y cuando la veía desnuda le preguntaba si así estás ahora cómo habrás estado cuando eras jovencita. Y aunque ella le respondía aunque no lo creas estoy mejor ahora. Lo dices para consolarme, respondía él, y me da coraje. Cuéntame quién fue tu primer novio. Y ella le contestaba para qué, no tiene caso, sólo te vas a dar cuerda, te vas a enojar. Y aunque él le juraba y le perjuraba que no, que le contara por favor, ya sabía que eso lo decía por un gusto insano de descubrir sus sentimientos pasados. Una vez que ella le confiaba algo, lo más mínimo, Enrique se ponía furioso y empezaba a reclamarle. ¿De veras eras virgen cuando te casaste con Ramiro? Ya te dije mil veces que sí. Dime la verdad, te prometo no enojarme...

A veces, cuando está en el departamento planchando mientras Enrique ve el partido de fútbol frente al televisor, Genoveva deja la plancha un minuto y recuerda a Ramiro: delgado, con el cabello rizado, con gafas, sin vello en las piernas y sin mirarla nunca. Lo recuerda en la cama reclamándole que tiene la piel muy caliente, que no lo toque, que ni se le acerque, le da calor, que se separe un poco de él. Mientras que Enrique se la come con los ojos, la cela con propios y extraños y en las noches lo enloquece como no pensó que podía enloquecer a nadie. Y entonces lo mira a él, a Enrique, al nuevo padre de sus hijos. No, nunca más ha querido volver a ver a Ramiro. Sólo la brusca y gruesa sensación de conservar todavía algunos restos de mujer la alivia y la conforta y le permite quedarse ahí, haciendo algo que jamás había hecho en su vida, planchar la ropa de ese otro extraño que ahora dice ser su hombre y entonces decide acelerar el paso, respira profundo, y continúa su carrera porque ahora todo lo que desea es correr, correr, correr. ◇

